

# argentina: la crisis del proyecto peronista

CARLOS ÓSCAR SUÁREZ

El tema que se va a tratar es la crisis del proyecto peronista de gobierno. Debe considerarse a partir de una introducción histórica que permita ubicar las condiciones sociales, políticas y económicas de Argentina al momento del triunfo electoral del frente justicialista de liberación, en marzo de 1973. Se recalca y puntualiza este aspecto, en la medida en que en los países latinoamericanos, sin excepción, se ha desestimado la consideración de las particularidades de aquellos aspectos que singularizan el desarrollo político, económico y social de un país, para caer en fáciles generalizaciones. Eso ha llevado a graves errores, no sólo interpretativos, sino a graves errores políticos, en la medida en que las fuerzas actuantes han desarrollado su acción sin tener en cuenta la realidad nacional, las realidades nacionales en el caso latinoamericano, partiendo las más de las veces de abstracciones y de esquematismos que en la práctica han sido negativos y contraproducentes.

Argentina entra en la crisis de su sistema político en los años treinta, para ser más exactos a partir del golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930, fecha en que una minoría dentro del ejército da un golpe de Estado, derroca al gobierno constitucional y popular de Hipólito Irigoyen y pretende desarrollar un proyecto neocorporativista. Este proyecto fracasa porque las fuerzas políticas que lo sustentan son absolutamente minoritarias y no tienen inserción en la realidad política y social argentina. Se instaura, entre 1930 y 1943, lo que se conoce en Argentina como la década infame; o sea, el gobierno irrepresentativo de las minorías conservadoras, que a través del fraude y la represión llevan adelante su proyecto. ¿Y cuál era ese proyecto? El de restaurar las condiciones anteriores a 1916; o sea, la semicolonía pastoril, la factoría agraria especializada en la producción de cereales, carne, cueros y lanas, cambiados por la manufactura industrializada en Europa, fundamentalmente por Inglaterra.

La zona de Río de la Plata, por sus particularidades

geográficas y de producción, fue desde el siglo pasado zona de influencia predominantemente inglesa. Allí el imperio británico estableció sus dominios a través de la posesión de los servicios públicos, de los ferrocarriles, de los bancos, de las compañías de seguros, de las compañías exportadoras. Y es entonces que se produce una supeditación, que en el orden comercial abarca prácticamente el 70% de las exportaciones argentinas que van hacia Gran Bretaña, y se establece una perfecta división internacional del trabajo, en la cual Argentina queda como el país especializado en la producción de materias primas para la metrópoli imperial. Esta metrópoli imperial actúa a través de los partidos políticos, por lo que se fue conociendo en Argentina como la partidocracia liberal. Esta partidocracia liberal, integrada por los partidos radical, socialista, demócrata-progresista, conservador y hasta comunista, tenía una concepción de la Argentina supeditada a la ideología imperial y adherida a los supuestos y valores del colonialismo; precisamente del colonialismo inglés. Así se advierte cómo los hombres de lo que se llamó la organización nacional, establecen durante cien años la dictadura ideológica de este colonialismo cultural, ofreciendo disyuntivas no sólo ajenas a la realidad nacional, sino entroncadas con la ideología colonial. De esta manera se lanza la disyuntiva "civilización o barbarie", difundida hasta el cansancio por los grandes ideólogos del liberalismo. "Civilización" era todo lo que venía de Europa; "barbarie", lo que surgía de la realidad, de las aspiraciones y de los proyectos nacionales. Es así que en nombre de la "civilización" se arrasa con las autonomías de las provincias, sobre todo las mediterráneas, y se instaura, desde mediados del siglo XIX, la dictadura de los ganaderos, la dictadura de los exportadores, de aquellos que vivían de la relación, en todos los sentidos, con el imperio británico.

Esto va conformando económica, social y políticamente a la Argentina. Y es entonces que los hombres

de 1930 pretenden restaurar aquellas condiciones, cuando el país ya había desarrollado la primera experiencia de gobierno popular con Hipólito Irigoyen, con el radicalismo, movimiento de la pequeña burguesía urbana que también atrae a las peonadas rurales y a ciertos sectores de la clase obrera industrial; clase obrera industrial que mayoritariamente, en lo que hace a sus organizaciones representativas, estaba controlada por el movimiento anarquista. Este intento oligárquico por restaurar las condiciones de fines del siglo XIX y comienzos del XX, choca con el desarrollo de las fuerzas políticas y productivas de Argentina, que durante 30 años habían ido poco a poco quitando, o modificando las bases y las posibilidades de un gobierno totalmente supeditado a los intereses británicos. Es entonces que el gobierno oligárquico debe apelar a dos constantes: por un lado, al fraude electoral, que con descarado cinismo llega a denominar "fraude patriótico"; por el otro, a la represión sistemática contra todas las movilizaciones populares, contra todas las posibilidades y los reclamos de los sectores que estaban sometidos a esa virtual dictadura colonial capitalista. Pero esta manifestación del dominio oligárquico-imperialista, de la unión de la oligarquía ganadera argentina con el imperialismo inglés, no sólo tiene manifestaciones políticas en lo que hace al fraude y a la represión, sino que concretamente tiene su expresión en una serie de leyes, en una legislación a través de la cual se va remachando, se va consolidando el dominio del capital británico y que el doctor Arturo Jauretche, escritor nacionalista revolucionario argentino, denominara "estatuto legal del coloniaje". Este estatuto significó concretamente la supeditación absoluta de Argentina a los intereses británicos. Pero ya en la década de los treinta comienza a producirse un fenómeno que luego tendrá importantes consecuencias; y es que el capital financiero norteamericano, que hasta ese momento solamente tenía algunos enclaves en los frigoríficos, en algunos sectores de la banca, etcétera, comienza también a penetrar y a controlar otros aspectos de la economía nacional.

Y frente a esa situación, ¿cuál era la respuesta de los partidos políticos argentinos? La respuesta frente a esta virtual dictadura oligárquico-imperialista, no sólo era insuficiente, sino que hasta llegaba a legalizar la dictadura, era lo que se podría llamar "la oposición de su majestad". Y en esto estaban comprometidos no sólo los partidos tradicionales, sino también los de izquierda, cuya ideología no iba más allá de un liberal

positivismo enraizado en la concepción de la oligarquía tradicional argentina del siglo XIX. Por eso bien se pudo decir que los hombres que integraban las direcciones del partido socialista y del comunista no eran marxistas, sino mitristas; mitristas que dependían de aquellas ideas que había enunciado el máximo ideólogo y conductor de la oligarquía terrateniente argentina, el general Bartolomé Mitre durante el siglo XIX, y que los hombres de estos partidos aplicaban sin la mínima crítica, sin quitarle ni ponerle una letra. Esta asfixia política, económica y social hace que el movimiento obrero se encuentre prácticamente indefenso frente a la situación. El movimiento obrero no tenía una representación real que fuera más allá de la lucha reivindicativa por meras conquistas económicas inmediatas; o sea, que los sindicatos conducidos por los socialistas, los comunistas y los anarquistas, dejaban de lado la lucha nacional, dejaban la lucha por el poder político y solamente, y no en todos los casos, trabajaban o se movilizaban por reivindicaciones económicas inmediatas.

Esto hace que los sindicatos tengan muy poca representación; no sólo muy poca representación en lo que hace a su acción cualitativa, sino que cuantitativamente son sindicatos que en muchos casos constituyen únicamente sellos o siglas, y que no son en realidad representativos de la clase obrera argentina. Las voces disidentes son acalladas por la maquinaria bien estructurada de estos partidos, que no sólo no comprenden la realidad nacional, ni la latinoamericana, sino que hasta en muchos casos avalan con sus declaraciones, con sus actitudes concretas, las aventuras imperialistas en países de lo que hoy es el Tercer Mundo. Tal es el caso del partido socialista, que justifica la acción imperial de Inglaterra en la India, que justifica las invasiones a los países centroamericanos y a México, señalando que era positivo que entrara el capitalismo civilizador para acabar con la barbarie semifeudal.

Ésta era la concepción mecanicista y reaccionaria de los partidos de la llamada izquierda argentina. Y en tal situación se encontraba Argentina en los años inmediatamente anteriores a la guerra.

Para que se tenga una idea más aproximada de la mentalidad y posición política de estos pseudo-marxistas argentinos, citaré algunas definiciones dadas por dirigentes del partido socialista, en la cual se refieren a lo ideológico y, en términos generales, a la posición política del partido. Uno de ellos dice: "Para ser socialista no es necesario confesar la adopción de un sistema filosófico, pueden ser neokantianos, hegelianos,

existencialistas, materialistas e idealistas". Y luego señala, como expresión de la herencia justista —Juan B. Justo es el fundador del partido socialista argentino—: "los socialistas argentinos, en general, hemos sentido íntima resistencia de ocuparnos específicamente de los llamados temas doctrinarios". Y del fundador del Partido Socialista se cuenta una anécdota, que no se sabe si es realmente cierta, pero que ha tenido bastante difusión: en uno de los primeros congresos de la Internacional Socialista, a los cuales asistía la delegación rusa encabezada por Lenin, después de hablar el doctor Juan B. Justo, Lenin preguntó a uno de sus compañeros de delegación: "¿quién era este señor?" Y le respondieron: "es el doctor Juan B. Justo, de Argentina; es el traductor de *El capital*". Entonces Lenin dijo: "es extraño, es la primera vez que veo que alguien traduce un libro sin haberlo leído antes". Porque realmente la posición de este señor era justificadora del colonialismo, inclusive en las conferencias internacionales socialistas justificaba las aventuras imperialistas de Holanda, de Inglaterra, etcétera. Y este pseudo marxista sostenía que "siempre me han atraído los problemas concretos y en nueve años de acción y de propaganda he mostrado cómo entiendo la doctrina que profeso, dando el último lugar a la doctrina, no dejándola aparecer sino aplicada, sin ocultarlos tanto que puedan quedar estériles; tengo cierto pudor por mis hipótesis y mis ideas. Demasiado nos separan a los hombres las cosas de la vida práctica, para que nos dividamos aún más por jactancias de teoría". Es evidente que con estos socialistas y estos comunistas que existían en Argentina, el movimiento obrero, las clases populares, se encontraban totalmente indefensas frente al avance del colonialismo británico.

Pero se produce un hecho muy importante: se desata la Segunda Guerra Mundial. Esto produce en Argentina, país que como se explicó estaba supeditado a la división internacional del trabajo —intercambio de materias primas por productos manufacturados, fundamentalmente de Inglaterra—, produce una industrialización forzosa en muchos casos —conocida generalmente por la sustitución de importaciones—, o sea, todas aquellas importaciones de productos manufacturados que tenían que venir de Europa o de los Estados Unidos, y que bien o mal tuvieron que comenzar a producirse en el país, ante la imposibilidad de importarlos de Europa.

Esta industrialización desordenada no obedece a ninguna planificación de gobierno, ya que el gobierno

oligárquico argentino practicaba en ciertos aspectos el intervencionismo estatal para regular la producción y para normar la economía en beneficio, por cierto, de esa misma oligarquía. En términos generales este gobierno era lo que se llamaría un gobierno libre empresario. Sin embargo, esta industrialización desordenada, producto de una coyuntura muy especial, va produciendo a su vez un fenómeno que es decisivo en el futuro nacional: la masiva migración interna de los peones rurales, de los desocupados del interior mediterráneo, de todos los hombres que eran prácticamente desocupados permanentes, salvo en las tareas esporádicas de las cosechas; todos esos hombres que venían del interior argentino, el criollaje, los descendientes de la vieja montonera, los que eran considerados como los bárbaros o como las chusmas, comienzan a emigrar hacia las grandes ciudades, sobre todo a Buenos Aires, y comienzan a incorporarse a la industria, a esta industria que estaba creciendo en forma tan desordenada. Así se produce un cambio profundo, cualitativo, en la composición de la clase obrera argentina. Esta clase, que venía de una tradición predominantemente artesanal y de servicios, había sido integrada mayoritariamente por extranjeros, por inmigrantes, italianos y españoles fundamentalmente, que traían sus ideologías, sus criterios organizativos, su experiencia sindical y política y también las bases del desarraigo y la desconexión de la realidad nacional, factores que esterilizaron las heroicas luchas del movimiento obrero argentino durante prácticamente cuarenta o cincuenta años. Entonces comienza esta nueva clase obrera a participar del fenómeno del desarrollo industrial, comienza a incorporarse a lo que llamaríamos una economía de consumo, porque esta gente venía prácticamente del subconsumo, de la desocupación, de la explotación tremenda de las zonas dominadas por la oligarquía terrateniente argentina. Y a la vez que se va produciendo este fenómeno, se va desarrollando también, dentro del ejército argentino, una corriente que asociaba el desarrollo industrial con las necesidades de la defensa nacional, y que consideraba que Argentina había estado durante muchos años supeditada a las importaciones de la manufactura extranjera del combustible, del acero, etcétera; o sea, de todo aquello que es vital para la defensa nacional, para el abastecimiento y para la movilización de un ejército en caso de guerra. Esto hace que en el ejército argentino comience a desarrollarse una tendencia industrialista, que ya tenía sus antecedentes en la acción que desarrolla el general Enrique Mosconi al frente de

Yacimientos Petrolíferos Fiscales, prácticamente como el pionero del desarrollo de la industria petrolera argentina, que luego se manifiesta en el impulso que da el general Savio a la siderurgia, a la construcción de altos hornos y al desarrollo de toda la industria subsidiaria de la siderurgia. Estos hombres, impulsados por su profesionalismo, van asociando esa necesidad de industrialización con la defensa nacional y van comprendiendo las deficiencias de la estructura liberal capitalista que quería mantener intacto al esquema agro-exportador, sin proteger a la industria nacional, sin posibilitar el surgimiento de nuevas industrias.

Entonces, a partir de su propia realidad profesional, sin tener un esquema político claro ni definido, estos hombres comienzan a desarrollar y a impulsar un proyecto industrialista. El proyecto se suma al descontento que en las filas del ejército y, sobre todo, de la joven oficialidad causa la corrupción y venalidad del régimen, el fraude sistemático; en fin, la acción de un sistema que estaba totalmente supeditado a los intereses extranjeros y que no permitía la libre manifestación del pueblo argentino. Entonces comienza a desarrollarse en las filas del ejército una corriente destinada a organizarse para la toma del poder. Todo ello confluirá en el pronunciamiento militar del 4 de junio de 1943, fecha en la que los jóvenes oficiales, acompañados por oficiales superiores y fundamentalmente conducidos por el entonces coronel Juan Domingo Perón, dan un golpe de Estado y derrocan al gobierno conservador.

¿Y cuál era el proyecto de gobierno de estos jóvenes oficiales, aparte de sus ideas industrialistas, aparte de la necesidad que veían de terminar con el fraude y con la corrupción del régimen? La verdad es que no había ideas bien definidas, por lo menos en la gran mayoría de los oficiales. Había sí, grandes contradicciones; incluso mucho se ha hablado, sobre todo en los países de América Latina en donde la influencia de los partidos comunistas ha sido muy importante, del carácter fascista de este movimiento de 1943. La fácil reducción de todo intento nacionalista al fascismo; la fácil copia de experiencias y de realidades europeas, ha hecho que las izquierdas latinoamericanas, en muchos casos, cayeran en el error de caracterizar de fascista a lo que era un movimiento nacionalista con contenidos antioligárquicos y antimperialistas.

Aquí es bueno recordar el caso de Bolivia de los años cuarentas, cuando un intento revolucionario de los jóvenes oficiales nacionalistas —encabezados por Busch, primero, y Villarroel después, es calificado de

fascista, precisamente por la complicidad de las izquierdas colonizadas y alienadas a la ideología imperialista— es destruido por un golpe contrarrevolucionario, en el que tiene una directa participación la embajada norteamericana, y el coronel Villarroel es colgado en la plaza Murillo de La Paz. Estos casos se repiten, exacerbados todavía, en Argentina. Así vemos que toda la literatura política, entre los años 43 y 46, repetirá hasta el cansancio que aquél era un movimiento clerical reaccionario fascista; que era el intento argentino para establecer una cabeza de puente del régimen de Adolfo Hitler en América Latina. Y lo cierto es que estos partidos, llevados precisamente por ese mecanicismo, por esa supeditación al liberal positivismo del que ya se habló, terminan coincidiendo con los intereses más reaccionarios de Argentina, con los intereses de la oligarquía, con los intereses de la burguesía dependiente, y en 1945-46 integran lo que fue la tristemente célebre Unión Democrática.

Es cierto que dentro de la oficialidad de ese grupo contradictorio de oficiales que dan el golpe de Estado de 1943, había núcleos que tenían simpatías por el eje nazifascista; había oficiales que sobre todo se veían impresionados por la eficiencia militar, por esa extraordinaria organización tan precisa, sobre todo de Alemania, y que consideraban que se podía instaurar un régimen similar en Argentina. Eso se asociaba a lo que ellos consideraban el papel hegemónico que debía tener Argentina en América Latina, por ser el país más desarrollado, el más europeo, el que tenía las mejores condiciones para establecer un gobierno al estilo nacional socialista en el continente. Pero estos oficiales no sólo eran una minoría, sino que no tenían ningún arraigo ni ninguna posibilidad de llevar adelante sus peregrinas teorías, en la medida en que la realidad nacional y el desarrollo económico, social, político y cultural de Argentina no posibilitaba, como no posibilitaba en ningún otro país latinoamericano, la instauración de un gobierno nacional-socialista con pujos imperialistas.

Entonces, lo que más se deduce de la posición de estos oficiales son algunas declaraciones y manifestaciones, sobre todo por la acción de una serie de asesores sedicentes nacionalistas —nacionalistas no se sabe de qué país—, que eran sus mentores ideológicos y que tuvieron una acción bastante importante en la universidad de Argentina entre 1943 y 1945; éstos fueron los que dieron la imagen exterior del desarrollo de las agrupaciones nazifascistas, y los que provocaron confusión

e hicieron que el árbol les impidiera ver el bosque a las izquierdas, no sólo de Argentina sino latinoamericanas en general. Y dentro del conjunto de oficiales nacionalistas hay un hombre que comienza a observar la realidad nacional sin anteojeras, que se da cuenta que ese desarrollo industrial autónomo, que esa posibilidad de establecer un gobierno auténticamente nacionalista independiente es imposible, si es que no se produce la conjunción de la corriente nacionalista-industrialista-independentista del ejército con la clase obrera organizada. Es así que desde su cargo, en la Secretaría de Trabajo y Previsión, el coronel Juan Domingo Perón comienza a interiorizarse de los problemas y de la realidad de la clase obrera argentina; comienza a impulsar una enérgica legislación social, comienza a respaldar la sindicalización, y es así que se ve que una Confederación General de Trabajadores (CGT) que no llegaba a los 80 mil afiliados en los años inmediatamente anteriores a 1943, supera unos tres o cuatro años después la cantidad de quinientos mil afiliados. ¿Por qué? Porque los obreros comenzaron a ver en el sindicato la expresión no sólo teórica de la defensa de sus intereses, sino concreta. Y asociaron a ese sindicato, que defendía sus intereses concretos, con la acción que desarrollaba desde la Secretaría de Trabajo y Previsión el coronel Perón. Frente al despertar de la nueva clase obrera de origen criollo que, como había señalado antes, venía prácticamente virgen de ideologías, que no tenía criterios organizativos muy definidos, que no había desarrollado antes una acción sindical, pero que empezaba a comparar esta protección a los derechos sociales, este auspicio de la sindicalización con la explotación, con las condiciones infrahumanas en que había vivido siempre en el interior del país; frente a su despertar se produce la elemental asociación de estas nuevas condiciones de vida, de trabajo, de desarrollo, de progreso, de posibilidades, con la acción que desarrolla el coronel Perón. Y esta clase obrera comienza, poco a poco, sin saberlo en ese entonces, a considerarse como peronista.

¿Cuál era la posición de los partidos de izquierda frente a esta acción que desarrolla el coronel Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión? En primer lugar, califican a las leyes sociales y a los progresos y la sindicalización como "la demagogia del coronel fascista". Cada conquista de la clase trabajadora entre 1943 y 1945 era rechazada y repudiada en nombre de "que eso había sido otorgado desde arriba por el coronel fascista". Además, impulsados por la asociación

mecánica del papel que debían desarrollar los partidos de la izquierda argentina, con la lucha que estaban desarrollando en Europa la Unión Soviética con sus aliados contra el eje nazifascista, llegan al extremo de sabotear y de negar la huelga de los obreros de los frigoríficos argentinos, que eran de los más explotados, señalando que no había que hacer huelga contra los frigoríficos ingleses y norteamericanos, porque eran aliados de la Unión Soviética en la lucha contra el eje nazifascista, y que había que abastecer de carnes a los aliados. Por lo tanto, los obreros argentinos debían morir de hambre hasta en tanto terminara la Segunda Guerra Mundial, y después vendrían las reivindicaciones.

Esta ceguera para comprender cuál era el enemigo principal en América Latina, y especialmente en Argentina, que era concretamente el imperialismo angloyanqui, hace que los obreros terminen por repudiar esas direcciones entreguistas propatronales y se vayan incorporando a los nuevos sindicatos, impulsados y respaldados por la Secretaría de Trabajo y Previsión. Tal es el secreto que todavía algunos pseudoizquierdistas latinoamericanos no han entendido y que siguen atribuyéndolo a la demagogia y a la falta de conciencia de clase de los trabajadores, que sin embargo demostraron tener una gran conciencia nacional y clasista en aquellos días. A los que les faltaba esa conciencia y ese desarrollo ideológico era a los pseudodirigentes de la izquierda argentina. Pero toda esta acción que desarrolla el coronel Perón comienza a chocar: primero, contra las direcciones de izquierda; segundo, contra los partidos tradicionales, y tercero, por supuesto y fundamentalmente, contra los intereses de la oligarquía que veía peligrar su predominio en Argentina ante el avance de la clase obrera y del nacionalismo revolucionario. Es así que un sector del ejército argentino se coaliga con los partidos tradicionales y con las izquierdas, y realizan una especie de golpe interno para destituir a Perón de su cargo de secretario de trabajo y previsión, de vicepresidente y de ministro de guerra.

Perón había definido claramente, pocos días antes, en agosto de 1945, cuál era su posición política. Pese a esto siguieron sistemáticamente los partidos de izquierda acusándolo de demagogo fascista. En un discurso en el Colegio Militar, en agosto de 1945 el coronel Perón sostenía: "En 1914 para mí comienza un nuevo ciclo histórico, que llamaremos 'de la revolución rusa'; comienza en 1914, triunfa en Rusia en 1917, y hace su epopeya en Europa en 1945, porque la guerra la

han ganado los rusos, no la han ganado ni los ingleses, ni los norteamericanos. La prueba de ello es que, mientras Inglaterra y Estados Unidos ocupan militarmente algunas pequeñas regiones, Rusia ocupa políticamente todo el territorio europeo. Si la revolución francesa, vencida y arrojada en Europa, ha arrojado sobre el mundo un siglo de influencia, cómo esta revolución rusa, triunfando y con su epopeya militar realizada, no va a arrojar sobre el mundo por lo menos otro siglo de influencia. La revolución francesa dio el producto de 30 años de lucha de Napoleón que ahí se desangró. La revolución rusa es un hecho consumado en el mundo, y hay que aceptar esta evolución. Si la revolución francesa terminó con el gobierno de las aristocracias, la revolución rusa termina con el gobierno de la burguesía, y da comienzo el gobierno de las masas populares; es un hecho que el ejército debe aceptar y colocarse dentro de la evolución; lo contrario sería fatal. Si nosotros no hacemos la revolución pacífica, el pueblo hará la revolución violenta”.

Esta definición bien clara, bien intergiversable de Perón en 1945, señala cuál era el rumbo que él consideraba que debería seguir Argentina. Precisamente era un rumbo ubicado dentro de la línea revolucionaria que él caracterizaba como el “siglo de influencia de la revolución rusa de 1917”. Para eso precisamente es que estaba trabajando y luchando por organizar a la clase trabajadora, que era el sector más dinámico y más avanzado de la sociedad argentina de la época. Se produce la contrarrevolución, se produce el intento de golpe de Estado que se consuma a medias, pero es destituido y encarcelado, y entonces se da en Argentina la más grande movilización obrera de su historia. La CGT decreta la huelga general revolucionaria por tiempo indeterminado, y el 17 de octubre de 1945 centenares de miles de obreros del cinturón industrial de Buenos Aires se concentran en la Plaza de Mayo exigiendo la libertad del coronel Perón. Los militares golpistas son desbordados; triunfa el sector nacionalista del ejército en esa disputa, y en el estira y afloja de ese día memorable, el coronel Perón es puesto en libertad, y se dirige a los obreros desde los balcones de la casa de gobierno. El gobierno convoca a elecciones y triunfa Perón el 24 de febrero de 1946, asumiendo constitucionalmente la presidencia.

Los nueve años de gobierno de Perón, entre 1946 y 1955, dividen la historia argentina en dos partes: bien se puede hablar de Argentina antes y después de Perón, o sea de aquella Argentina pastoril, de aquella

Argentina agroexportadora, de aquella Argentina supeditada al imperialismo anglonorteamericano, para referirse después a la Argentina que adquiere una estatura dentro de América Latina, que recupera los resortes fundamentales de su economía, que da una participación prácticamente decisiva al movimiento obrero organizado y que logra avanzar hacia la liberación política, económica y social del país en forma realmente extraordinaria.

Estos nueve años del gobierno peronista se pueden sintetizar, para tener una idea aproximada, diciendo que había encontrado una economía supeditada a los grandes intereses y a los grandes centros internacionales de poder y que cuando fue derrocado en 1955 por un golpe contrarrevolucionario —inspirado por Inglaterra y por Estados Unidos e impulsado por la oligarquía argentina—, se había operado una gran transformación. Se puede decir que en 1946 esta economía era totalmente dependiente: los ferrocarriles, los servicios públicos, la banca, las compañías de seguros, gran parte de la industria, estaban en manos del capital extranjero. Los monopolios exportadores controlaban en forma total las exportaciones argentinas y hacían que esa riqueza quedara en manos de los grandes consorcios que generalmente cumplían todo el ciclo económico; eran los dueños de los campos donde se producía, por ejemplo, el algodón; eran los dueños de las fábricas donde se industrializaba, y también eran los que exportaban en bruto esa producción. Se rescata la economía en gran medida y queda repatriada la deuda externa. Hacia 1955 en Argentina no existe virtualmente deuda externa; más del 90%, alrededor del 95%, de la mano de obra industrial está ocupada, dándose dentro del mundo del área capitalista un caso casi único —se diría único— de plena ocupación; se lanza un desarrollo industrial realmente extraordinario y se sientan las bases para lo que es un requisito fundamental en todo proceso de emancipación económica, como es la industria pesada. De 30 mil se pasa a aproximadamente 180 mil industrias; se nacionalizan el comercio exterior, la banca, los seguros y reaseguros, todos los servicios públicos, los ferrocarriles, y se desarrolla una política social realmente de avanzada.

Es evidente que esta política afecta los intereses oligárquico-imperialistas, y precisamente en 1955 se produce la conjunción de todos esos intereses afectados que culminarán en el golpe contrarrevolucionario del 16 de septiembre. Ese golpe tiene causas internas y externas, y entre las causas internas también pueden

señalarse, sin con ello agotarlas, las limitaciones que tuvo ese gobierno nacionalista revolucionario en algunos aspectos, especialmente, en lo que hace a su política agraria. Por lo que respecta a no haber avanzado hacia la expropiación de la oligarquía terrateniente, que no sólo hubiera sido un basamento económico importante para la industrialización, para las obras públicas, para el desarrollo en general del país, sino que hubiera privado a esta oligarquía de su poderío económico y, por lo tanto, la hubiera limitado extraordinariamente en lo que hace a su poderío político. Las limitaciones en lo que hace a la política agraria peronista son una de las mayores causas, o una de las causas importantes, que facilitó este golpe contrarrevolucionario de 1955. No se quiere decir con esto que durante nueve años se hubieran mantenido intactas esas estructuras agrarias; se desarrolló una política agraria que facilitó el acceso a la tierra de muchos miles de pequeños propietarios o arrendatarios, se estableció un sistema de impuesto y de renta potencial que hizo que por esa vía tributaria muchos latifundios debieran parcelarse. Incluso en algunos casos se expropiaron algunos latifundios por razones de interés público; pero lo cierto es que no hubo una política global para acabar con el poderío de la oligarquía terrateniente, y ésa fue una de las causas por la cual esa oligarquía mantuvo en gran medida intacto su poder y participó activamente en la conspiración contra el gobierno popular. Y junto a la oligarquía terrateniente y a los partidos tradicionales, subordinados a la ideología oligárquica, participan activamente los intereses monopólicos anglo-norteamericanos en la conspiración contra el gobierno nacionalista y popular. Esto hace que el 16 de septiembre de 1955 una rebelión militar derroque al gobierno del general Perón.

Aquí comienza una etapa de 18 años, que es fundamental para que se pueda en estos momentos analizar y entender la situación argentina. Es la de los intentos dictatoriales o pseudoconstitucionales para gobernar a Argentina al margen de las mayorías. Se apela a todas las variantes del fraude o de la represión: desde las elecciones en las cuales el movimiento mayoritario está proscripto, hasta la toma del poder directamente por las fuerzas armadas, como se da en el 55 y posteriormente en 1966. Esto es resistido violentamente por el pueblo; hay una serie de acciones, conocidas como "la resistencia peronista", que van desde los paros, las huelgas, el sabotaje, las movilizaciones, la acción violenta, hasta la aparición posterior de los movimientos

guerrilleros que desgastan al régimen y que lo obligan, ya en las postrimerías de 1972, a convocar a elecciones.

En estos 18 años se advierte una constante en la acción del movimiento peronista en su resistencia contra la recolonización, en su lucha contra los gobiernos de fuerza, que es la acción espontánea de las masas. Resistencia que no está dirigida, que no está coordinada, salvo en casos muy particulares y definidos. Eso es producto precisamente de la concepción organizativa del movimiento; esa concepción de movimiento, esa concepción que era válida para el momento en el cual se estableció; o sea, cuando surge el peronismo en los años del dominio predominante del imperialismo inglés, cuando se debía luchar fundamentalmente contra la conjunción de la oligarquía terrateniente argentina con este imperialismo inglés; que tenía otras modalidades y otras formas de dominio, y que no había desarrollado el proceso monopólico de copamiento de las industrias, de la banca y de los resortes fundamentales de la economía nacional, como se desarrolla entre 1955 y 1973, en que el imperialismo ya no es sola o fundamentalmente un elemento exterior al cual hay que combatir, sino que el imperialismo está sólidamente asentado, tiene sus enclaves, sus organizaciones y sus aliados políticos y sindicales dentro del país. Entonces esa limitación en la lucha, en la lucha realmente heroica de las masas que protagonizan centenares de movilizaciones y de acciones, de levantamientos, culminarían en las extraordinarias movilizaciones de 1969 conocidas como "el cordobazo", como "el rosariozo", como "el tucumanazo", etcétera. En todas esas acciones, que hacen tambalear al régimen capitalista dependiente, se ve que no hay una organización y que no hay una línea política definida que las dirija y canalice con un sentido revolucionario, sino que son producto del espontaneísmo de las masas.

No se quiere decir con esto, de ninguna manera, que dentro del Movimiento Peronista no hayan habido sectores ni hombres que intentaran realizar este tipo de organización y que intentaran definir una línea política con criterios más adecuados a la realidad de la penetración y la consolidación monopólica posterior a 1955. Se puede mencionar como uno de los hombres que en la conducción del Movimiento Peronista más trataron de influir y más trabajaron para darle organicidad, para darle una clara línea política, organizativa, ideológica al movimiento, a John William Cooke, uno de los hombres que más influye ideológica y políticamente al Peronismo, sobre todo entre los años 55 y 60.

Pero paralelamente a toda esta situación, hay un hecho que se debe considerar fundamental, decisivo. A partir de los últimos años de la década del cincuenta, la estructuración de una burocracia sindical se va constituyendo poco a poco, progresivamente y cada vez con el correr del tiempo de manera más acelerada, en el factor organizativo, hegemónico del Movimiento Peronista. Porque al ser el Partido Justicialista, por su propia organización dentro del movimiento, un partido que solamente tiene funciones electorales, y al estar los demás sectores desorganizados o carentes de una línea organizativa y de una dirección central unificada, el único factor orgánico decisivo con peso político es el movimiento sindical. Y este movimiento lo van ganando los dirigentes cuya ideología es cada vez más nacionalista defensiva, que solamente considera que debe luchar por las reivindicaciones inmediatas y utilizar esa tremenda fuerza sindical como factor de presión; o sea, movilizar y negociar. Así es como lo van ganando, la ideología imperialista que va penetrando en los sindicatos. Es así que ese movimiento sindical comienza, ya sobre fines de la década del cincuenta y más en la década del sesenta, a ser un factor protagónico que negocia permanentemente, que condiciona sus acciones con el mismo Perón, quien debe verse obligado a mantener una actitud conciliadora y en muchos casos pactar con las direcciones sindicales. Cuando se ve obligado el régimen por la presión popular, por la acción verdaderamente revolucionaria de las masas, tanto obreras como estudiantiles, juveniles, e incluso de amplios sectores de la clase media, a efectuar elecciones, la dictadura militar, el Movimiento Peronista que es el factor hegemónico dentro de esta agrupación que se llamó Frente Justicialista de Liberación, llega al triunfo electoral, llega al gobierno sin haber resuelto sus contradicciones internas, sin haberse dilucidado la lucha interna que hacía que bajo la denominación peronista hubiera sectores que propugnaban una línea revolucionaria, socialista y anticapitalista, y que hubiera sectores que consideraran que solamente se debía llegar al gobierno para establecer y para poner en vigencia las tres banderas justicialistas de 1945: independencia económica, justicia social, soberanía política, sin precisar cuáles eran sus proyectos, sus programas, cuál era la posición que se debía adoptar frente a esta realidad de supeditación al imperialismo norteamericano, al capital monopólico, ya hacia 1972 factor decisivo, hegemónico, en Argentina.

Al momento de llegar el peronismo a asumir el

gobierno en mayo de 1973, el país se encuentra en una situación que se puede sintetizar así: la deuda externa supera los 7 mil millones de dólares; las industrias fundamentales, entre un 60 y 70%, se encuentran bajo el control del capital extranjero; lo mismo la banca, seguros y reaseguros, y se han consolidado y estructurado una serie de organizaciones producto de ese dominio oligárquico imperialista durante 18 años; una serie de organizaciones represivas, toda una legislación, que condiciona cualquier intento de cambio. A la vez, el ejército que recibe como herencia en 1973 ese gobierno peronista, no es ni con mucho aquel ejército, aunque contradictorio, que tenía una tendencia nacionalista predominante de 1943-45; es un ejército decisivamente influido por las doctrinas de la guerra interna, de la lucha antisubversiva, un ejército que se puede decir que está pentagonizado, con una ideología inspirada en el Pentágono norteamericano, una ideología represiva que ve en cada movimiento reivindicativo la sombra del comunismo y que considera que debe instaurarse un modelo como el brasileño. Tan es así, que el imponderable Onganía en los años 65-66, cuando todavía era comandante en jefe del ejército antes de ser presidente, lanza aquella doctrina de las "fronteras ideológicas", señalando que en América Latina se habían terminado las fronteras políticas y lo único que separaba a los países era si pertenecían al "mundo occidental y cristiano", o eran defensores del "ateísmo marxista", etcétera. En función de esto desarrolla su nefasta política internacional, que entre otros factores contribuye al avance de Brasil en todo el cono sur de América Latina y a su fortalecimiento como gendarme y como país subimperialista.

Esta situación realmente condicionante, limitativa, hace que el gobierno encabezado por el doctor Cámpora en 1973 tenga, tanto en lo que hace a la estructura gubernamental como a las estructuras sindicales y políticas que lo respaldan, un sistema de contradicciones realmente tan extraordinario que no le permite desarrollar el programa nacionalista-revolucionario enunciado a través de las pautas programáticas del Frente Justicialista de Liberación. Esas contradicciones que estallarán a los pocos meses, prácticamente enseguida de llegar Cámpora al gobierno, se traducen en una serie de presiones y de acciones francamente provocativas de la derecha sindical y política que controla el 80% o más de la estructura, tanto de la CGT como del Partido Justicialista; y esa contradicción irresuelta es la que provoca el virtual derrocamiento de Cámpora el



13 de julio de 1973. Porque para el proyecto de esta burocracia sindical y política, que en definitiva no es más que un proyecto negociado de la dependencia con el imperialismo y con la oligarquía, las medidas potenciales que podía desarrollar el gobierno popular del doctor Cámpora, solamente en lo potencial, ya eran algo que consideraban como un paso prácticamente inmediato a la instauración de algo así como los *Soviets* o cosa similar. La reanudación de las relaciones con Cuba, con la República Democrática de Vietnam, con la República Democrática de Corea, con China, etcétera y el planteamiento de una política nacionalista revolucionaria antimperialista, hacen que esta burocracia sindical y política considere fundamental el alejamiento y el derrocamiento de Héctor J. Cámpora.

Así se llega, derrocado Cámpora, a un interinato del presidente de la Cámara de Diputados, señor Lastiri, allegado a toda esta burocracia sindical y política; totalmente ligado a ella, perteneciente a ella, que va sentando las bases de la desvirtuación del programa popular antimperialista que había votado el pueblo argentino, que va nuevamente retrotrayendo la situación a través de una serie de disposiciones represivas; va retrotrayendo la situación a la época de la dictadura militar, y que prepara entonces el camino para la situación caótica que vivimos hoy.

Pero, ¿cuál es el papel de Perón en todo este proceso? Porque cuando el 12 de octubre de 1973 asume la presidencia el general Perón, la inmensa mayoría del pueblo, incluso con todas estas contradicciones, con todas estas limitaciones, consideraba como posible que se rencauzara el proceso realmente hacia la liberación. Se entiende que el general Perón al asumir el gobierno en 1973 tiene una visión insuficiente del problema argentino. Considera que Argentina puede encarar un proceso de liberación utilizando estas estructuras políticas y sindicales que a lo largo de 18 años se han ido organizando, se han ido estructurando precisamente en la dependencia, en la supeditación a la ideología y a los valores oligárquico-imperialistas y que son estructuras que están organizadas para impedir la liberación nacional y social. O sea, que al considerar que a través de este instrumento político se puede llevar adelante un proceso de liberación, el general Perón sienta una de las contradicciones fundamentales e insuperables.

Por otra parte, al considerar que la crisis económica y social argentina puede ser superada con la aplicación de un pacto social y de un plan trienal, que en defi-

nitiva, si nosotros estudiamos su fondo, vemos que la filosofía de este pacto social y de este plan trienal no va más allá de establecer un sistema neodesarrollista, con un control bastante importante por parte de los sectores relativamente independientes de la llamada burguesía nacional; proyectos imposibles de llevar a cabo en las condiciones económicas y sociales de 1973. Ese plan económico y ese pacto social tenían cierta razón de ser y ciertas posibilidades de desarrollo en las condiciones argentinas de postguerra, inmediatas de la postguerra, pero de ninguna manera podían llevarse adelante en las condiciones actuales, con esta estructura monopólica consolidada de 1973.

Entonces comienza a desarrollarse un juego natural de contradicciones internas dentro del movimiento peronista. Esta línea política y económica es resistida por los sectores de avanzada, tanto del movimiento obrero, como de la juventud, de los estudiantes, y ello provoca una situación en la que el general Perón va volcando cada vez más su influencia y sus posiciones en favor de la burocracia sindical y política, hasta llegar al estado crítico de mayo del corriente año cuando el general prácticamente desautoriza y rechaza a los sectores que cuestionaban esa política económica y social. O sea, la insuficiencia de una concepción política organizativa y de una línea que correspondiera evidentemente a las condiciones de la Argentina de los años de postguerra, que era virtualmente imposible concretar y llevar a cabo en esta Argentina de 1974, hacen fracasar y sientan las bases de la situación caótica que se vive, porque el general Perón, es evidente, tenía una concepción nacionalista revolucionaria y antimperialista, pero insuficiente en la medida en que en la Argentina de los años 70's, en la Argentina actual, no hay solución para la crisis prácticamente generalizada si no se desarrolla un definido criterio y una línea socialista y anticapitalista. En la medida que no hay soluciones dentro del sistema; que las soluciones y las opciones intermedias están condenadas al fracaso, como ya se ha visto, ni siquiera el general Perón, con su extraordinario prestigio de conductor de 30 años que había mantenido una posición intransigente frente a la oligarquía y el imperialismo, ni siquiera él pudo superar estas contradicciones, ni evitar que el peronismo se fraccionara —porque de hecho está fraccionado— en dos: el peronismo obrero, revolucionario, popular, y que considera que la única salida para Argentina es una salida socialista y anticapitalista, y el peronismo que es nada más

un elemento subordinado a la ideología colonial capitalista.

Esta crisis insoluble, que ya estaba sentada durante los momentos en que gobernaba el propio general Perón, se traduce, por ejemplo, en diversos campos. Se puede hacer un análisis, de la tarea de liberación cultural y de la política universitaria, que de alguna manera nos tocó de cerca, y que se desarrolló en medio de esta tremenda contradicción y de esta lucha. Porque es virtualmente imposible establecer las bases de una universidad nacional popular en un país en el cual el proyecto de gobierno se va inclinando cada vez más hacia lo antipopular y lo antinacional. En esa medida, al ir avanzando la fuerza de la reacción dentro del gobierno, la universidad comenzó a vivir en el aislamiento, a quedar cada vez más reducida a lo que tradicionalmente se llamó la isla (en alguna época la isla democrática), y que en este caso sería la isla nacionalista-popular, pero la universidad se vio impedida a profundizar y desarrollar la acción de verdadera liberación cultural que había iniciado la gestión el profesor *Puiggrós* y que siguieran luego los compañeros *Villanueva* y *Laguzzi*.

Es evidente que no se puede desarrollar una lucha por la liberación cultural, ni pretender la liberación por la cultura, ni la democracia universitaria, desconectando la realidad universitaria del contexto nacional. Y cuando este contexto nacional comienza a ser cada vez más desfavorable, resulta imposible desarrollar el proceso. Y es lo que está sucediendo ahora, cuando las universidades nacionales han sido intervenidas, cuando han vuelto nuevamente los ideólogos de un neofascismo trasnochado a querer imponer sus esquemas precisamente porque en el proceso nacional, en lo que hace al gobierno, cada vez se inclina más hacia la derecha y hacia la reacción. Y esto culmina con la muerte del general Perón, factor ya decisivo, determinante en el agravamiento de la crisis. Porque si, como se había señalado, ni siquiera el general Perón con su prestigio podría avalar y llevar a buen puerto un proyecto impracticable en las condiciones argentinas de hoy, menos estos irrepresentativos personeros pueden llevarlo adelante, cuando ni siquiera (desde luego hay una distancia sideral) tienen el proyecto —aunque in-

suficiente, pero de alguna manera nacionalista y popular— que encabezaba el general Perón.

Este gobierno es totalmente irrepresentativo, porque no se puede hablar de una representatividad formal en la medida en que, si de alguna manera son el residuo de los 7 millones y medio de votos que en septiembre del año pasado avalaron al gobierno, es evidente que esos votos avalaban un proyecto de liberación y no un proyecto de dependencia y de supeditación a la oligarquía y al imperialismo. En esa medida este gobierno ha dejado de ser representativo, en esa medida es cada vez más representativo de las fuerzas políticas, sociales y económicas que gobernaron a Argentina hasta mayo de 1973. Y en esa medida, en tanto consideran que la crisis argentina solamente se puede resolver a través de métodos de represión militar o policial, su desemboque inevitable va a ser muy probablemente un golpe de Estado, un nuevo golpe de Estado, o de lo contrario, se mantendrá durante un tiempo con una fachada constitucional, pero con el control cada vez más directo de los sectores más regresivos del país y del exterior.

Éstas son, en términos generales, las causas de la crisis argentina; las causas y la crisis de este proyecto de liberación que encabezó, durante 30 años, el general Juan Domingo Perón. Esta crisis que abarca a toda la sociedad argentina preanuncia una superación política que ya se está manifestando en muchas de las organizaciones juveniles y obreras del peronismo y de algunos sectores de la izquierda no alienada a la ideología liberal capitalista. Porque esta crisis sólo será superable cuando se constituya, organice y desarrolle la organización política representativa de los trabajadores, con una ideología, con una línea y con una estructura dirigida hacia un anticapitalismo, hacia una posición decididamente socialista nacional y latinoamericana que acabe con la dependencia. En tanto no se produzca esta confluencia de los sectores revolucionarios —tanto del movimiento obrero como juveniles del peronismo— con aquellos otros sectores que también tienen una línea de liberación, la crisis será insuperable. Se producirán, probablemente, golpes y contragolpes, pero para la Argentina no hay salida, porque no hay salida dentro de los límites del sistema capitalista dependiente.